

EL MADRIGAL DE CETINA

FRANCISCO MONTERDE

Edición y notas

Verónica Hernández Landa Valencia y Fernando Morales Orozco

Presentación

José Mohedano Barceló

INICIAL

Ante el misterio evocador del cuento, esta prosa es como una cancela florida que descubre el visitante, entre sus rosas y sus lambrequines, la gracia sencilla y poética del jardín bañado por la luna.

Flota entre las ramazones ennegrecidas y las húmedas paredes de la casona abandonada, el espíritu de un beso peregrino, y la fuente de pueriles azulejos encierra su agua mansa y callada, como pila de convento.

En los salones, todo es soledad y abandono. La seda de los muebles severos se desmorona al contacto del viento que llora; el color de los cortinajes reales se desvanece y muere junto al oro rojizo de los escudos, y alguna escena pastoril de gobelino tiembla en la sombra como una pesadilla nocturna.

En la más rica habitación, la princesa está dormida con su bufón a los pies, como en las historias infantiles: ¡un bufón grotescamente doloroso, con la huella del último gesto en los labios cortesanos! Cuando paséis frente a él, no hagáis ruido; despertaría la princesa de los ojos de esmeralda, y el encanto se perdería como en un palacio de hadas. El reloj de cuco marca una hora indefinida y eterna.

Mas subrayando todo lo muerto del palacio, viene de la espesura del jardín, donde la fuente reza, el canto musical y nuevo de un pájaro errante y enamorado del cielo, cuya melancolía hace temblar el fantasma de una sombra de mujer que discurre bajo la enramada, sin que sus pies de luz toquen la arena, y cuyos labios de un carmín muy vago, casi transparente, repiten el verso inmortal: “Ojos claros, serenos...”.

ENVÍO

A la dama que tiene ojos claros, serenos

Dama y señora mía:

Acoged con benevolencia este relato que bien pudo ser la historia de un amor y de dos vidas. Lo compuse pensando en vuestros ojos, después de leer y releer muchas áridas y oscuras páginas de esos infolios forrados de pergamino, cuyos combados lomos están manuscritos, que amo tanto como vos los respetáis; pergamino que adquirió por el uso y por las centurias el color de las hojas muertas en el otoño. Que vuestros ojos claros, serenos, alumbren y dulcifiquen las tinieblas y arideces de esas antiguas páginas que persistan en estas páginas nuevas.

Es un romance de amor, galante y gentil como las donosas ficciones que guardan los libros de la caballería andante, y lo que en él os narro, noble dama y señora mía, no es tan triste ni tan doloroso que pudiera ensombrecer y turbar vuestros ojos claros, serenos, con

¹ Manuel Horta (1897-1983), periodista y escritor de la ciudad de México, inserto en el movimiento colonialista que comenzó en la primera década del siglo XX, firmaba sus obras y artículos con diversos seudónimos: el Caballero de hogaño, el Caballero Puck, Martín Garatuza, entre otros. De acuerdo con el volumen 5 del *Diccionario de Escritores Mexicanos. Desde la generación del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*, sus relatos se caracterizan por “ambiente aristocrático, estilo pictórico con el que describe lugares y personajes, a manera de pequeñas estampas que se suceden, narra un episodio, reconstruye una vida” (Aurora Ocampo (dirección), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 109). Entre las obras de Horta se encuentran *Estampas de antaño* y *Siluetas en la neblina*, también prologó *Cortejo de sombras* (1971), obra de Francisco Monterde.

las chaquiras de una lágrima rota en las pestañas, o con el cerco de violetas florecidas en los párpados tras una noche pasada sin sueño. Tampoco es risueño como una farsa de juglar, porque de ser muy jocundo también alteraría la diáfana claridad y serenidad de vuestras pupilas soñadoras.

Los personajes que vais a conocer viven con esa vida romántica y marcial del siglo XVI. El protagonista de mi cuento (que tiene mucho de historia, algo de leyenda, poco de fantasía) es un caballero ibero, poeta y soldado, noble y fanfarrón como los varones de su tiempo; aquel tiempo glorioso para todo español en que imperaba en ambos mundos la cesárea majestad del señor don Carlos I de España. A la vera de tal caballero, discurre por mi narración una doncella que de él se prendió por sus galanuras de poeta y por sus bizarrías de soldado.

Sabed, noble dama y señora mía, que dicho caballero nació en Sevilla, y entre las evocaciones guerreras de las ruinas romanas y de las construcciones moras, floreció su infancia y dio frutos su adolescencia; como los naranjos de esa tierra, creció al amparo de las tapias familiares, amando y rimando a la orilla del Betis. En su juventud amó a una sevillana; mas partió a la corte para seguir el arte militar; allí se prendó locamente de una dama de alcurnia prócer, inaccesible y fría como esas diosas paganas de mármol, que sobre el capitel de una columna invitan al amor con su ademán. Derrotado en la liza de Cupido, marchó a Italia a probar fortuna en la palestra del dios Marte; asistió a la famosa toma de Dura;² recorrió Suiza, Alemania, Hungría y Francia, y al retornar a España, confiado en sus

² Entre 1542 y 1546 se enfrentaron por cuarta vez Francisco I de Francia (aliado con Solimán, el Magnífico), y Carlos V de Alemania, I de España (aliado con Enrique VIII de Inglaterra). La toma de Düren, Alemania, junto con las plazas de Dijon, Juliers y Roermond, en la guerra relámpago de 1543, consolidó una de las grandes victorias de Carlos V en el conflicto contra Francia por el poderío en Europa. Véase María del Pilar Córcoles Jiménez, “Contribución de la villa de Albacete a la defensa durante la guerra de 1542-1544”, *Revista de Estudios Albacetenses*, núm. 37, 1955, pp. 45-48,

triumfos guerreros y literarios, volvió a cortejar a la esquiva dama de prócer alcurnia, sin lograr sus favores.

Vencido una vez más, quiso resucitar aquel amor de su juventud y fue a Sevilla. Encontró a sus padres que habían estado en Indias y dejaron parientes radicados en la Nueva España; mas no logró hallar a la mujer sevillana que lo amó en otro tiempo. Desalentado por este nuevo dolor y animado a la vez por los suyos para que viniese al virreinato, decidió el viaje y se embarcó a poco, juntamente con su tío el procurador general de Indias don Gonzalo López.

Así fue, noble dama y señora mía, como el caballero ibero, poeta y soldado, abandonó la península, por curar las heridas de su corazón, y en busca de olvido navegó hacia estos fabulosos países, para desembarcar cierto día en tierras de la Veracruz.

En cuanto a la doncella que de él se prendó más tarde, fue hija de un conquistador hispano y una de aquellas jóvenes princesas que se tornaron en siervas al caer en los brazos de los conquistadores. Al nacer, perdió su madre la vida, y su progenitor, concluido el batallar, se entregó al cuidado de su unigénita que recibió el nombre de María Soledad, cuando lavó el pecado de su origen el agua bendita que reposaba en el hueco de una de las serpientes emplumadas que los indios esculpieron en andesita y que los santos misioneros utilizaron, invertidas, como pilas bautismales. María Soledad sólo tuvo un nombre patronímico; su madre llevó el de una luenga dinastía de idólatras; mas en su cuerpo y en lo que veía en torno, encontraba restos de la herencia maternal y advertía cómo se mezclaban las dos razas; sus ojos eran claros como los de su padre y su cabello endrino como su madre lo tuvo.

El viejo soldado fincó en un solar que le había donado el mismo conquistador Cortés; flanqueaban el umbral de la casona dos cabezas de ídolos gigantes y sobre el dintel se erguía la Santa Cruz. María Soledad vio, al crecer, cómo exprimían las aceitunas sobre las grandes piedras cilíndricas de los monumentos que los reyes mexicas dedicaron a los astros, y el aceite que escurría entre los relieves y sobre los rostros de guerreros y sacerdotes que antes fueron teñidos con sangre, era después óleo santo para ungir a los que nacían y morían en la religión cristiana; y vio también cómo ahuecaban las piedras cosmogónicas de basalto, para moler el trigo candeal que mandó un día la señora reina doña Isabel, y cómo con la harina hacían pan de dios.

Así creció la doncella, noble dama y señora mía, entre los restos de sus aborígenes maternos y la reconstrucción y adaptación que iban haciendo los hombres de su raza paterna; su corazón, suspendido entre los dos cariños filiales, sufría con el desmoronamiento de los ídolos que parecían triturarlo en su caída, y se elevaba piadosamente para rezar a la Madre de Dios, por la madre indígena que ella no había conocido.

Tales fueron en su pasado las vidas del protagonista de mi relato y de la doncella que se prendó de aquél. Los dos pasan juntos por la narración que sigue, y entrambos bate sus alas velludas la mariposa negra que llaman Duda; aletea en el ambiente oloroso de azahar nupcial que aroma estas páginas, desde la primera hasta la última.

Si vuestros ojos claros, serenos, noble dama y señora mía, pasean por estas líneas curiosos y gozosos, daré por bien empleado el cansancio de los míos que al fin se recobran luego largamente, al abreviar en la diáfana claridad y serenidad de vuestras pupilas soñadoras.

Leed, pues, que empieza el relato.

Muy de cuando en cuando, atravesaba la plazuela del Marqués, desierta y encharcada por la lluvia de toda la tarde, algún mercader que montado en su mulo y envuelto en capisayo de palma, dejaba los portales de la plaza Mayor, para irse por las calles de Tacuba.

El real palacio, construido en lo que fue la casa vieja de Motecuhzoma, abría a la plazuela del Marqués las tiendas de sus bajos y el zaguán de su entrada principal. A su abrigo paseaba un caballero ataviado con ropilla negra; iba y tornaba desde el umbral hasta el patio, a grandes pasos, y en sus vueltas miraba alternativamente el espacio de cielo anubarrado, entre almenadas azoteas, y el horizonte brumoso y borroso por encima de la enana catedral y las enormes casas de Cortés. En el patio vertían su grueso chorro las gárgolas de piedra, con estrépito de palmadas, y una procesión inacabable de burbujas peregrinaba por las baldosas hacia el centro. En la plazuela tendía la lluvia su fina cortina gris, y tras ella vagamente percibíanse las fachadas y el templo, como dibujados en la urdimbre de un tapiz oscuro tramado con hilos de plata.

Paseaba el enlutado caballero con la faz inclinada y el sombrero hasta las cejas, y su espada enfundada se mecía libremente, a compás con los pasos; su mano izquierda, cercana al pecho, sostenía un rollo de papeles, con la noble actitud con que aparecen retratados, en óleos antiguos, los santos fundadores de una congregación; su diestra recogía apenas la capa y sus dedos jugaban con los pliegues. En la agonía de la tarde lluviosa iban llegando las sombras nocturnas y al caballero, sumido en ellas, lo mismo podía tomársele por un hidalgo litigante que meditaba en su pleito, como por un letrado, un oidor de la Real Audiencia, un fiscal o el alguacil mayor.

Al cabo la lluvia dio una tregua y al sonar las seis en el reloj del palacio, el caballero de la fúnebre ropilla, después de embozarse, traspuso el umbral y se encaminó hacia los portales de la plaza; al llegar al bastión de la esquina se detuvo, miró hacia el convento de San Francisco; luego, decidido cruzó la calle, donde corría el agua en caño descubierto, siguió bajo los soportales y pasó la acequia por el puente de los Pregoneros.

A poco andar se detuvo frente a un recio caserón de calicanto que tenía el rudo aspecto de una fortaleza, con los muros lisos y altos. Sólo cuatro ventanas sin luz interior, asimétricamente distribuidas, rompían su austeridad apoyadas abajo en los cimientos, con sus jambajes prolongados hasta la cornisa: las protegían rejas de retorcidos y herrumbrosos hierros.

Estaba el caballero en la acera de la casa de Cabildo, y después de haber visto la casona miró en torno: otro embozado venía en pos de él, pasó a su vera y siguió de frente. Dentro del caserón, surgió tímida una luz que iluminó los hierros, húmedos, de la ventana abierta sobre la cruz del dintel; la claridad fue en aumento, poco a poco, y flamearon las cinco llamas de un velón-candil. El otro embozado se había detenido a corta distancia y también contemplaba la ventana: ambos vieron en ella una silueta femenina que apartó los cortinajes, para cerrar las maderas.

El caballero de la ropilla negra atravesó la calle, y mientras llamaba en la puerta con la lengua de bronce de un mascarón, al dar tres golpes que resonaron en la calle solitaria, el otro giró sobre sus talones y tornó a caminar el mismo trecho, lentamente, como un centinela. En tanto la puerta se abrió respetuosa, para dar paso al caballero, y se cerró tras él con hueco sonido.

El embozado continuó sus paseos, bajo la lluvia que hacía una música monótona en las negras aguas de la acequia, acompañada por el croar de los sapos.

En la sala del recio caserón, sobria y modesta, con viguería de cedro y muebles de roble, más cómodos que estéticos, cuando entró el caballero se hallaban en el estrado María Soledad, su padre, el viejo soldado conquistador, una hermana suya, Andrea de nombre, que sirvió de madre a la doncella, y Diego Tristán, escribano de cabildo, calvo y miope, que solía asistir a la tertulia cuando sus menesteres lo permitían. Llegó el caballero entre exclamaciones jubilosas:

—¡Ave María!

—¡Cómo viene!

—¡Ya pensábamos que no vendría!

—¡Con este tiempo...!

Traía la capa negra brillante de gotas de agua, como joyas, y antes de saludar dejó en una silla baja el mojado sombrero; estrechó afectuoso las manos de todos y a María Soledad le entregó el rollo de papeles:

—Te traigo la *Comedia de la bondad divina*,³ Marisol.

Ella sonriole agradecida; él se quitó la capa, desciñó la espada, y la puso bajo el sombrero, mientras el escribano insinuaba solícito:

³ La *Comedia en prosa de la bondad divina*, actualmente perdida, fue escrita durante una estancia temporal de Gutierre en Sevilla. El pintor Francisco Pacheco (1564-1644), en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, asegura que en la representación de esta obra Cetina gastó mucho dinero. Cit. en Víctor Montolí Bernadas, *Introducción a la obra de Gutierre de Cetina*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (Lecturas Hispánicas Universales, 22), 1993. De acuerdo con Pacheco, la serie de obras líricas y dramáticas que Cetina escribió en México —probablemente representadas en el palacio de los virreyes— se perdieron, y esto lo atribuye a la temprana muerte del poeta. Cit. en Joaquín Hazañas y la Rua, “Introducción”, en Gutierre de Cetina, *Obras*, t. I, Sevilla, Imp. de Francisco de P. Díaz Gavidia, 1895, pp. XLV y XC.

—Si usía da su venia, sacaré dos copias: una para doña María y otra para mí. —
Asintió el caballero, y María Soledad objetó:

—Antes voy a leerla, pues lo deseo mucho.

Y se puso a hojear el manuscrito, en tanto que su padre, temblorosos los enjutos labios y las venosas manos, divagaba sobre sus dolores reumáticos y la humedad de su alcoba, escuchado solamente por el caballero que se atusaba los bigotes. Cuando un largo acceso de tos le hizo tomar un reposo, Diego Tristán saltó:

—¡Hablemos nuevas de la corte!

Doña Andrea, que zurcía ajena a los discursos de su hermano, levantó la cabeza, cana ya, mas peinada con acicalamiento juvenil, y demandó curiosa:

—¿Llegaron pliegos?

Desde sus mocedades se interesaba en el pueblo por todo lo que fuese de la corte; antes de venir a la Nueva España tuvo el gozo de visitarla de paso, y se peinaba y vestía como allá se acostumbraba por aquel entonces. El escribano, mientras limpiaba sonriente los vidrios de sus gafas para darse importancia, contestó entornados los párpados legañosos:

—Llegaron nuevas. Se dice...

Y comenzó la enumeración de sucesos acaecidos desde hacía seis meses en la península. Narraba lentamente con el tono llano e incoloro, sin inflexiones, con que leía las actas de cabildo. María Soledad hojeara el manuscrito de la comedia y, al concluir, sus ojos se detuvieron en la firma; la leyó a media voz: Vandalio. Junto a ella el caballero sonreía mientras la contemplaba tiernamente; sus pupilas se abrían llenas de mansedumbre, a la sombra de las cejas encrespadas.

Contaba Diego Tristán que el señor emperador Carlos I había dispuesto pasar al señor virrey don Antonio de Mendoza al reino del Perú para que lograra el apaciguamiento de tales tierras. No se sabía quién viniese en su lugar. El viejo soldado opinó que quizás fuese uno de los descendientes de don Hernando. Se discutió el punto entre los dos, mientras la tía Andrea zurraba y el caballero hablaba con María Soledad de temas amorosos.

Movía la cabeza el escribano para afirmar, y el viejo soldado le respondía que “en casos de interés no hay padre con hijo”; ponderaba Tristán los aciertos del señor virrey que siempre fue muy cumplido; en su gobierno “las cosas iban de bien en mejor”, y el viejo soldado, que le guardaba algunos leves rencores, ponía reparos. Se hizo crónica de los sucesos descollantes: las cacerías en los llanos desde entonces llamados del Cazadero en que se cobraron millares de piezas; aquel torneo en que los caballos de don Hernando de Salazar y del de Mendoza murieron al chocar sus frentes, con la pujanza del embate.

Languideció la plática de recuerdos y cuando las campanas de la catedral dieron el toque de ánimas se despidió el escribano; la tía Andrea suspiró, al desprender el rosario de cuentas de acacia que llevaba colgado a la cintura, y dijo a María Soledad:

—Me acuerdo que mi nodriza, cuando iba a haber una boda, sacaba por el rosario cuál de los dos había de morir primero.

La doncella, supersticiosa y crédula, preguntó:

—¿Sabes cómo?

—Contaba las letras de los nombres, en avemarías; luego, de las sobrantes, si es número par, morirá el galán; si impar resultaba, morirá la dama. Antes de casar lo pregunté, y me dijo verdad: quedé viuda.

El caballero tuvo una sonrisa de incredulidad; mas la doncella insistió:

—¡Yo quisiera saber acerca de nosotros dos! —dijo al bajar los ojos, ruborosa. Dos veces contaron y resultó que él moriría antes, por lo que María Soledad se puso triste y el caballero la consolaba entre risas y galanuras de lenguaje; luego, ante la sombra de presagio, todos quedaron silenciosos, con la mirada perdida en el futuro impreciso.

Súbitamente, neto y brusco, sonó un golpe en la acera y el rebote sonoro en la puerta de la calle despertó un eco medroso en la sala. Gritó con sobresalto la doncella y su padre quiso levantarse del asiento:

—¿Qué fue?, ¿qué fue? —Abrió el caballero las maderas de la ventana, y sólo alcanzó a percibir en la calle ruido de pasos furtivos que se alejaban en la oscuridad; el goteo de la lluvia, y el croar interminable de los sapos.

Salieron al zaguán, con luces y llamaron a la gente de servicio. Al abrir la puerta rodó por el umbral la cruz de piedra que ornaba el dintel; yacía desportillada, rotos los brazos, tendida entre las dos cabezas de ídolos gigantes que parecían burlarse, con sus rasgadas bocas, en un perpetuo sonreír enigmático. Andrea asomó empuñado un velón:

“¡Ave María! ¡La Santa Cruz, por tierra! ¡Eso trae desgracia!”

Dejó el velón en el umbral y amorosamente levantó los pedazos de piedra húmeda y musgosa y los metió abrazados, como si llevara el mismo cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

María Soledad lloraba en su angustia, creyente y supersticiosa. Desde la sala, el viejo soldado que se hallaba a oscuras, anhelante insistía:

—¿Qué fue?, ¿qué fue?, ¿qué fue?

—¡Una desgracia muy grande! ¡La Santa Cruz vino a tierra, está en pedazos! Es aviso del cielo; traerá desgracias.

Por toda la casona pasó la noticia con un soplo frío, supersticioso. Mozos y mozas venían a contemplar la cruz mutilada y se decían: “¡Sola cayó! ¡Es un aviso! ¡Traerá desgracias!”.

Volvieron a la sala y, en medio de los clamores, el caballero relacionaba para sí la presencia del embozado rondador con la rotura de la cruz y los pasos que se alejaron furtivos, al asomarse tras las rejas, y quiso explicar el misterio humanamente, en tanto que se ceñía el acero y echaba sobre los hombros la capa. Al despedirse, María Soledad, toda amedrentada, le propuso:

—¡Que te acompañe un mozo, con una antorcha!

El caballero sonrió al inclinarse, entre cortés y fanfarrón:

—Se apagaría con la lluvia, Marisol; para las noches de tormenta llevo al cinto un relámpago.

En la catedral, que tiene el patronato de la Virgen María, celebran la misa mayor prelado y cabildo, y asisten el señor virrey y la Real Audiencia. Concurren, como es de rigor, vecinos y soldados, y la pequeña nave se llena con el humo fragante del copal, los cantos litúrgicos, el argentino campanilleo y las toses opacas de los feligreses ancianos. Ofician los tres ministros del Señor, bajo el ojo radiante de la custodia; en las transiciones del rito brillan sus ornamentos por el andar solemne, y se agitan fugaces los roquetes albos y las rojas sotanas de los monacillos que hacen relucir los ciriales.

Están sentados en una de las bancas de hechura monacal el caballero, María Soledad, la tía Andrea y el viejo soldado. El caballero advierte que un galán cetrino clava en la dama sus ojos de azabache, humildes, como dos cuentas de rosario. María Soledad no repara en sus miradas al seguir en el breviario el oficio divino; devota y abstraída, sólo eleva sus pupilas fervientes hacia el altar y cada vez que termina una oración queda suspensa, como en éxtasis; quizá piensa en el día en que se llegará hasta él, con atuendo de nupcias.

Han recibido ya los fieles la bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y concluido el oficio se persignan y salen al atrio. Allí, junto a las columnas del pórtico, labradas en antiguas piedras idólatras, se saludan y desatan sus lenguas en comentarios:

—¿Ha observado usía cómo el señor virrey se halla triste porque va a ser promovido? —pregunta un don Francisco Vázquez de Coronado al viejo conquistador que se apoya en el brazo de su hermana. Ésta responde:

—Yo lo vi frotarse los ojos casi en llanto. ¿De fijo, se irá?

—Así se lo pide el emperador (a quien Dios guarde).

Ambos se descubren al nombrarlo, y el de Coronado agrega, confidencial:

—Mas pienso que es otra la causa de su pena. ¿Sabe usía que viene en camino un visitador?...

Aparte, se hablan María Soledad y el caballero:

—Ofrecí la misa por el ánima de tu difunta madre (que Dios haya).

—¡Que Él y ella te lo premien, como yo lo agradezco!

Mientras responde, el caballero mira hacia la puerta; ha quedado en el umbral, sin atreverse a salir, el galán de los ojos de azabache. Se aproxima afable Diego Tristán y el caballero, a hurtadillas, le interroga:

—¿Quién es el mancebo?

—¡Un tepuzque!...⁴

El escribano, al responder, hace un ademán de menosprecio. El galán comprende que hablan de él; humildemente baja la faz y avanza un paso fuera; se pone el sombrero y cojeando un poco se escurre junto al muro y se aleja furtivamente.

Ha salido el señor virrey con su escolta y la gente forma valla, al inclinar la frente descubierta.

El ilustre señor virrey don Antonio de Mendoza escucha en sus habitaciones la petición que le hace el cabildo de la ciudad, para que no deje el gobierno de la Nueva España por ir al reino del Perú. Se funda para ello en que el señor don Carlos I deja a su elección que acepte o rehúse el nombramiento, y se basa en razones de peso tales como su mucha edad, su quebrantada salud, el gran conocimiento que tiene de estas tierras, el muy grande acierto de su gobierno, el reparto de tierras aún no terminado, y otras varias. Insisten, pues, en rogarle

⁴ Tepuzque significa cobre en náhuatl. Bernal Díaz del Castillo (1496-1584) registra dicha palabra en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cuya escritura concluye en 1586. En el capítulo CLVIII, que trata acerca de lo que sucedió después de la captura de Cuauhtémoc, narra que una de las ordenanzas de Cortés fue aumentar tres quilates más al oro de lo que tenía por ley. Se tomó tal medida por dos cuestiones, la primera, para saldar las deudas contraídas durante la conquista; la segunda, porque en ese momento desembarcó una flota de mercantes en el puerto de Veracruz. Dice Díaz del Castillo que, por analogía, se usaba este término “quando nonbramos algunas personas que son preminentes y de mereçimiento, dezimos el señor don hulano de tal nonbre o Juan, o Martín o Alonso; y otras personas que no son de tanta calidad les dezimos su nonbre, y por aber diferençia de los unos a los otros, dezimos hulano de tal nonbre Tepuzque”. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, José Antonio Barbón Rodríguez (edición crítica), México, El Colegio de México / Universidad Nacional Autónoma de México / Servicio Alemán de Intercambio Académico, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 2005, p. 521.

que se quede los señores regidores, y concluye la petición: “Tales son los deseos de la ciudad”.

El ilustre señor virrey se acaricia la barba partida y cuando concluye la lectura, sereno y mesurado contesta; agradece el noble interés que se toman por su persona, e indica la conveniencia de acatar los reales deseos que son también los suyos; por todo lo cual tiene decidido ir a gobernar y apaciguar la tierra del Perú, si Dios se lo permite. A su vera se halla de pie, respetuoso, el caballero de la negra ropilla. Cuando termina de hablar, el señor virrey levanta la cara y le pregunta:

—¿Irás en mi compañía al Perú, Vandalio?⁵

—Si vuestra señoría lo desea...

Apoyado en el brazo del caballero, se pone en pie trabajosamente el señor virrey y anuncia que va a la sala del tribunal.

Adelantó entre el silencio de todos y fue a sentarse en el estrado, bajo el dosel de damasco galoneado de oro. Tomaron asiento, con él, dos oidores a su derecha y dos a su izquierda; luego el fiscal, el alguacil mayor, el abogado de pobres y el protector y defensor de indios, más abajo. El caballero fue a tomar su sitio en uno de los sillones de la nobleza y los concejales; a sus pies se hallaban escribanos y procuradores. Más allá, detrás del enverjado, la concurrencia permanecía silenciosa.

⁵ Vandalio es el personaje bucólico de los sonetos pastoriles que Cetina compuso. Dice Beatriz Peña que “como las peripecias del pastor corresponden con la trayectoria vital de Gutierre de Cetina, la crítica ha identificado al sujeto poético con el poeta [...] Se trata de un pastor amador por naturaleza, por lo cual el amor es el tema central de sus cantos; pero lo tortura la desconfianza y sus amores dolorosos lo mantienen en un padecimiento constante de recelos y sospechas (quizás por sus propios vaivenes sentimentales)”. Véase Beatriz Carolina Peña, “Vandalio, el amador veleidoso de la poesía de Gutierre de Cetina”, *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. LXXXI, núm. 2, abril de 2004, p. 163.

Cuando el señor virrey lo indicó, dio principio la audiencia y después de una monótona lectura de autos, se produjo de pronto un movimiento de estupor e inquietud: alguien dijo que se hallaba en el patio la comitiva del visitador de la Real Audiencia que llegaba a presentar sus respetos al señor virrey, y la noticia levantó un susurro de inquietas murmuraciones. Los funcionarios se agitaban en sus asientos; ¡era cosa muy temida, entonces, la llegada de un visitador que podía hacer y deshacer, casi a su albedrío!

El señor virrey ordenó al portero del tribunal que impusiera silencio con su maza, y en medio de aquella expectación penetraron un hombre altivo y barbado y una dama de porte distinguido; él se llegó al estrado y saludó al virrey y a los oidores con una helada cortesía. Don Antonio de Mendoza contestó el saludo con la misma frialdad, y con tratamiento de señoría le pidió que mostrara, según costumbre, su provisión,⁶ los despachos reales que lo acreditaban como visitador. El otro respondió que don Luis de Velasco, el nuevo virrey que estaba por llegar, debía traerlos. El de Mendoza mandó suspender la audiencia de ese día; el visitador le dio una excusa por haberlo obligado a ello con su intempestiva llegada y añadió como disculpa:

—Traigo encargos de palabra que deseo comunicar a vuestra señoría ilustrísima, desde luego.

Los funcionarios, al salir de la sala del tribunal, comentaban la ceremonia en los corredores: sólo quedaron con el señor virrey, los oidores y la nobleza. La dama aún permanecía afuera.

⁶ Provisión se le llama al “despacho u mandamiento, que en nombre del rey expiden algunos tribunales, especialmente los consejos y chancillerías, para que se execute lo que por ellos se ordena y manda [o la] acción de dar o conferir algún oficio, dignidad o empleo”, según explica el *Diccionario de autoridades* (en el quinto tomo, aparecido en 1737).

El visitador pidió venia para presentarla; fue por ella y le ofreció el brazo: era de una armoniosa hermosura: en su rostro de rasgos perfectos dominaban los ojos de azul angélico. La presentó al señor virrey como su esposa, y éste, a su vez, la fue presentando a los caballeros y nobles.

Al llegar a aquel de la ropilla negra, la dama le lanzó una mirada fugaz y volvió el rostro, demudado; él murmuró: ¡Dórida!,⁷ y cuando todos salieron de la sala, al formar cortejo, permaneció inmóvil y dijo para sí: “Ojos claros, serenos”.

Luego sentado ante una escribanía se puso a trazar, con la chirriante pluma de ave, una larga epístola al señor virrey don Antonio de Mendoza, en la cual le pedía que lo eximiera de ir al Perú, por lo pronto.

A espaldas del real palacio, en el jardín y el huerto que cuidaban manos indígenas, se celebraba una fiesta en honor de los visitantes. La organizaron, para congraciarse, los funcionarios que, temerosos de que los destituyeran, desde su llegada le obsequiaron a porfía, y se hacían lenguas ante la belleza de su esposa, de quien alababan su noble, dulce mirada. El visitador recibía regalos y homenajes, como si fuesen el tributo debido, aunque no entraba aún en funciones, pues aguardaba el arribo del nuevo virrey. Para agasajarlo hubo lidias de reses, torneos y cortejos de fantasía y ahora van a efectuarse un sarao en el jardín de palacio y la representación de un auto profano en verso, en el salón de comedias,

⁷ Dórida es la primera mujer de la que se enamora Vandalio, según los sonetos amorosos bucólicos de Cetina. El idilio ocurre junto al río Betis, que representa la ciudad de Sevilla, según Beatriz Peña. No es casual entonces que el auto que se presenta a continuación en la novela esté dedicado a esta ciudad. Algunos críticos sostienen que Vandalio es un *alter ego* de Cetina y suponen que Dórida representa a una misteriosa mujer que el poeta conoció durante su estancia en Sevilla. Véase José Carlos Rovira, “Un fantasma en Puebla de los Ángeles. (Tradicción e invención sobre Gutierre de Cetina)”, *Destiempos.com*, dossier Virreinos, año 3, núm. 14, marzo-abril de 2008, <<http://www.destiempos.com/n14/rovira.pdf>>, [consulta: 3 de marzo de 2010].

construido en uno de sus ángulos. Dicho auto se titula “Origen y abolengo de Sevilla”; lo compuso el poeta don Gutierre de Cetina, quien lo dedicó a la esposa del visitador, que es sevillana.

Al finalizar la representación, seguirá la fiesta nocturna, entre los prados floridos con plantas de la tierra, bajo el follaje de los árboles que en vez de frutas sustentan faroles y lucen antorchas.

Al correrse la cortina del tinglado saltan de una barca a la costa Hércules y Atlas el estrellero. Hércules pondera la dilatada travesía y asegura que en ese delicioso paraje va a fundar su ciudad. Atlas le responde que ha sabido por las estrellas que no puede hacerlo, pues allí será fundada la Gran Ciudad; mantienen un altercado en rimas, y al fin Hércules desiste y se conforma con poner en tal sitio seis columnas y una inscripción que diga: “Hasta aquí llegó Hércules”.

En el salón, nobleza y funcionarios aplauden los versos y comentan los lances. Presiden el visitador y la dama, graves y erguidos. María Soledad, sentada entre su tía y el escribano, busca inútilmente el rostro del autor, quien desde el tinglado atisba por una rendija, sin ver a aquélla, por seguir los ojos de la sevillana. Entre los compases de la música, Diego Tristán pregunta a doña Andrea.

—¿Ha mucho que no las visita nuestro Vandalio?

—Obra de poco más de dos semanas.

La sevillana, junto al visitador silencioso, piensa en dos columnas que miraba de pequeña en Sevilla, al pasar frente a un convento; dizque eran las mismas que dejó Hércules.

Vuelve a alzarse la cortina y aparece, en perspectiva de nacimiento, un caserío romano que ostenta el rótulo que dice: ITÁLICA.⁸ Trajano y Adriano recitan unos tercetos en loor de esa ciudad famosa, cuyo nombre hace recordar a la sevillana los campos yermos de Talca y Sevilla la Vieja; memora los paseos de su juventud, cuando iba a ver las ruinas de Itálica al pueblo de Santiponce, a una legua de la ciudad, sobre la margen derecha del Betis. En ellas conoció una tarde a Gutierre de Cetina que le explicó mucho de lo que ahora dicen Adriano y Trajano en la representación. En sus pausas, la dama sueña, María Soledad busca afanosa y el autor espía los ojos de la dama.

Ahora, la escena ocurre entre morisma. Al moro Geber han sido encomendados los planos y la construcción de una torre, porque ha inventado el álgebra, según dice. En un pergamino muestra el diseño de la torre y la describe en redondillas, mientras otros moros llevan, para ponerlos bajo los cimientos, reliquias y objetos sagrados de todos los santos de la cristiandad.

La concurrencia habla del caso horrorizada, y la dama añora esa torre que tuvo cuatro manzanas de oro, de mayor a menor apiladas sobre el capitel de azulejos: las derribó el huracán. Gutierre le dijo todo eso alguna vez, cuando juntos subían por las rampas de piedra, para contemplar a sus pies el Al Xaraf⁹ que se extendía florido y magnífico. Cada jornada del auto profano evoca a la sevillana un torrente de recuerdos. Paso a paso, torna a

⁸ Es el nombre de la primera ciudad romana fundada fuera de la península italiana alrededor del año 204 o 205 a. C., en donde actualmente se asienta Sevilla. De esta ciudad proceden tres emperadores romanos, los mencionados a continuación en la novela, y Teodosio. Pueden verse algunas imágenes de las excavaciones arqueológicas, así como de piezas recuperadas en la dirección electrónica de la Junta de Andalucía, <<http://www.juntadeandalucia.es/cultura/museos/CAI/>>, [consulta: marzo 2010].

⁹ Al Xaraf en árabe significa tierras altas. Es el nombre que los moros dieron a la comarca que se encuentra al poniente de la ciudad de Sevilla en donde predomina el cultivo del olivar y los árboles frutales. Actualmente se le conoce como el Aljarafe. Véase el sitio web oficial de turismo en Andalucía, <<http://www.andalucia.org/destinos/zonasturisticas/el-aljarafe/>>, [consulta: 7 de marzo de 2010].

vivir su juventud, entre los naranjos que tienen para ella el perfume de su amor. Cuando florecían, sus azahares la hicieron pensar en un día de boda.

Mientras, el santo rey Fernando el III recibe de Sxataf las llaves de la ciudad que le rinde el moro, y reza en verso a la imagen de la Virgen que lleva en el arzón de su caballo, por haberle dado la victoria.

Allá en el tinglado, el autor atisba y a veces repite: “Ojos claros, serenos... de un dulce mirar...”.

En el tablado sucesivamente aparecen: don Fadrique, el rey don Pedro y los reyes católicos don Fernando y doña Isabel que hablan de un nuevo mundo en lo alto de la torre que hizo Geber, después de haber ascendido por sus treinta y cinco rampas, a caballo. Al final, vuelven a aparecer todos los personajes de la ficción y el poeta don Gutierre de Cetina sale también, para agradecer los aplausos.

María Soledad busca sus ojos y él los de la sevillana que sonrío y le mira largamente.

En la fiesta nocturna, los caballeros rodean al visitador y las damas conversan con su esposa. La sevillana ha recibido un pliego: contiene un madrigal y una cita; el madrigal implora una mirada de sus ojos claros, serenos; la cita señala el sitio en un rincón del jardín, bajo una higuera. La mujer del visitador pide venia a las damas y se dirige al lugar de la cita.

Allí encontró a Gutierre de Cetina, poeta y soldado, fanfarrón y noble.

El caballero le contó su vida en diez años de campañas y viajes. La dama escuchaba inquieta, sin responder, mientras avizoraba las sombras errantes por entre el follaje,

alumbrado con faroles y antorchas. El caballero tenía prisioneras las manos de la señora y de pronto exclamó:

—¿Por qué no luce esta mano el anillo de boda?

Ella, entre sollozos, desgranó en su oído un rosario de confidencias desconcertantes.

Se aproximaba un grupo. La sevillana se desprendió trémula, y tras de una higuera, en la oscuridad, el poeta, acariciaba los gavilanes de su espada; permanecía abstraído, al soñar escenas dramáticas y presentir sangrientos lances, lo mismo que si urdiese la historia de unos amores trágicos y bellos como la pasión de Francesca da Rimini y Paolo Malatesta.¹⁰

La voz jubilosa y solícita del escribano Diego Tristán le hizo volver de su abstracción:

—¡Por fin aquí tenemos a nuestro desaparecido y triunfador Vandalio! ¡Bravo, bravo! Jurara que se apartó de la fiesta al sentir un aliento de las musas... ¡Mía fe que la negra ropilla hace invisible a usía!

Con él iban María Soledad y doña Andrea, y en tanto que Tristán le interrogaba por los motivos de una ausencia de tantos días en la tertulia, María Soledad contemplaba al caballero, como solía mirar a la Virgen María de la catedral, en espera de una palabra

¹⁰ Francesca da Polenta (1255-1285) fue hija del señor Guido da Polenta, señor de Rávena, y se casó con Gianciotto Malatesta, señor de Rimini, hombre rengo y deforme. Francesca se enamoró de su cuñado Paolo, según el quinto canto de la *Divina comedia* de Dante, mientras leían el romance de Lancelot y la reina Ginebra. Los amantes quedaron condenados al segundo círculo del infierno, donde un furioso huracán arrebató los espíritus y los castiga golpeándolos contra las paredes del cono infernal. Históricamente, la relación sentimental duró de 1283 a 1285, año en que Gianciotto los descubrió y ordenó matarlos. La historia de Paolo y Francesca es un tópico en el arte, una de sus representaciones más conocidas es el cuadro de Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867), *Paolo y Francesca*, que puede verse en <http://estibalizes.files.wordpress.com/2009/01/ingres_paolo-and-francesca21.jpg>, [consulta: 6 de marzo de 2010]. Existen, asimismo, pinturas de Dante Gabriel Rossetti (1828-1882), que puede verse en <<http://www.artehistoria.jcyl.es/genios/cuadros/14111.htm>>, [consulta: 7 de junio de 2010] y de Alexandre Cabanel (1823-1889); el poema *Historia de Rimini* de Leigh Hunt (1784-1859), y el drama *Francesca de Rimini* de Gabriel D'Annunzio (1863-1938); una fantasía orquestal de Piotr Ilich Tchaikovski (1840-1893) y dos óperas, de Sergei Rachmaninoff (1873-1943) y de Riccardo Zandonai (1883-1944), respectivamente.

milagrosa; mas don Gutierre de Cetina murmuró enronquecido algunas frases vagas, y al dar las buenas noches se alejó igual que sonámbulo por la senda en que chisporroteaban las antorchas al esparcir humo y trémulas sombras.

María Soledad y su tía van de retorno al recio caserón. En el camino, la doncella gime y la vieja procura consolarla:

—Que no llores paloma, todos los hombres son así. ¡El galán se tornará a tu lado y será como antes! Lo habrás de ver y no lo habrás de creer. Paloma, por aquí he de ver pasar tu cortejo de boda. Lo habrás de ver...

Al cruzar el puente de los Pregoneros, María Soledad ha tenido un largo calofrío de angustia, ante el agua en donde croan los sapos y navega la luna. Llegada a la puerta, la doncella se escapa, huye.

—¡Paloma, palomita, no te vayas, que habrá de tornar él, sin que lo llames!...

Un chapuzón en las aguas negras, interrumpe el croar de los sapos y quiebra la efigie de la luna. La voz de la vieja clama en la calle desierta:

—¡Ave María! ¡A nos, a nos!, ¡vengan, vecinos, que se ahoga... que se ahoga!

Alguien pasa cojeando por enfrente, mientras la vieja da voces y llama en la puerta con la lengua de bronce del mascarón que despierta un eco desolado en el puente sombrío.

Cuando llegan los criados con luces a la orilla de la acequia, las aguas negras se mecen mansamente, en arrullo maternal, y del otro lado hay un bulto blanco, inerme. A su lado está un hombre que se sacude el agua como fiel perro.

Esa misma noche la sevillana, antes de acostarse, decidió escribir. Pasó mucho tiempo meditativa, la pluma de ave ya entintada en alto, en la postura arrobada con que los pinceles piadosos perpetuaron en lienzos brillantes de fe la figura inspirada de santa Teresa.

Cuando después de meditar dejó correr la pluma, llenó muchos pliegos de letra redonda y gruesa, con rasgos finales caprichosos. Escribía despacio y amorosamente, y antes de dar vuelta releía lo escrito.

La luz del día entró a besar su frente, y todavía, al concluir, antes de llegar al lecho en que roncaba el visitador, llamó a un criado y le dio orden de llevar dos misivas: una, voluminosa, contenía todos los pliegos que había escrito de su puño; la otra era un solo pliego que sacó de su seno tibio y fragante: el madrigal de Cetina. Iba dirigido a María Soledad.

Penetró sigilosa en la alcoba, y después de persignarse y orar devotamente, se desvistió para meterse bajo las ropas de la cama, cuidadosa de que no despertara el que dormía.

Paseaba por la habitación, al dar órdenes breves a los servidores que disponían las cosas para la partida, el visitador que hacía los preparativos de su viaje, antes de salir a encontrar a don Luis de Velasco. No se proponía volver a la ciudad de México, y tantas habían sido las dádivas recibidas.

Un soldado de su guardia entró para anunciar que el señor don Gutierre de Cetina deseaba que lo recibiera. El visitador, con un ademán, indicó que entrara, y el caballero penetró, soberbio y sonriente.

—¡Muy pronto quiere dejarnos vuestra señoría!

—Hemos acabado nuestra misión, señor poeta.

—Yo vengo a decir a vuestra señoría algo que puede hacerle cambiar de idea y retardar el viaje: mi ilustre protector, don Antonio de Mendoza, me explica en estos pliegos que vuestra señoría debe aguardar aquí la llegada del nuevo virrey. Sírvase leer...

El visitador tendió su diestra velluda y huesosa y pasó la vista por el manuscrito:

—¿Qué es esto?: “Paradoja en alabanza de los cuernos”. ¡Mal bromea usía!

—¡Vuestra señoría me perdone! Es copia de un escrito que prometí a la dama de Sevilla. ¡Me he dejado los pliegos de don Antonio, en casa!

Frunció las cejas el visitador y repuso airado:

—¿A quién pidió la venia usía, para entregar esto a la dama?

—¿A quién debo pedirla?

—¡Al marido de la dama!

—¡La dama no lo tiene!

El visitador echó mano a la empuñadura de su estoque y don Gutierre desnudó un palmo su espada; mas el otro rio con risa feroz y dijo al cruzar los brazos:

—¡Guarde usía, que si me ha herido con palabras, yo puedo con una sola matarlo!

—¡Y yo puedo arrancarte el antifaz, embaidor!

—¡Basta!, ¡a nos la guardia!, ¡favor al rey!

Al entrar los soldados, el visitador, con un ademán, señaló al caballero don Gutierre de Cetina.

En su lecho de doncella reposa blandamente María Soledad, sumida en sueño tranquilo. A su vera está la tía Andrea, que zurce. Hay pasos en la estancia próxima, y por la puerta

asoma una sirvienta: la tía se levanta; lentamente, sin hacer ruido, sale como un fantasma y se aleja al cuchichear con la criada. María Soledad abre los ojos, mira a su alrededor y sonriente hurga y toma un pliego con muchos dobleces. Lee:

Ojos claros, serenos,
 si de un dulce mirar sois alabados,
 ¿por qué, si me miráis, miráis airados?
 Si cuanto más piadosos,
 más bellos parecéis a aquél que os mira,
 no me miréis con ira,
 porque no parezcáis menos hermosos...
 Ojos claros, serenos,
 ya que así me miráis, miradme al menos.

Besa el pliego, torna a sonreír; lo dobla y lo guarda bajo la almohada; cuando entra su tía, cierra los ojos, y así ve la figura noble del caballero don Gutierre de Cetina, tal como lo retrató el maestro Francisco Pacheco.¹¹

Los días de la convalecencia transcurren iguales, con un vuelo tranquilo de aves de paso.

Hablan en la esquina de la casa de Cabildo, don Francisco Vázquez de Coronado y el escribano Diego Tristán:

—¿Cómo se halla la doncella?

—Mejor de su mal, pero mal del corazón.

—¿El poeta?

—No sé de él, no ha vuelto a poner pie en la casa. Otro viene ahora.

¹¹ Francisco Pacheco (1564-1644) pintó el retrato de Gutierre de Cetina en 1599. Actualmente se conserva en el Museo Lázaro Galdiano, en Madrid.
 <<http://www.oronoz.com/paginas/leefoto.php?referencia=%2071923&usuario=>>

—¿Quién?

—Un tepuzque. ¡Cosa del viejo! Dizque salvó del agua a la doncella, y como en una historia de encantamiento, la casará su padre con el salvador...; mas no es príncipe el galán, es de la tierra ¡un tepuzque!

—Aquí no se dirá aquello de “padre con dinero, hijo caballero”...

—¡No, a fe mía!

Navegan por la acequia las canoas cargadas de verdura, conducidas por los indios con una luenga vara. En la plaza Mayor se agita el ir y venir de gente a pie y a caballo. En el puente de los Pregoneros se escucha un redoble y la muchedumbre se agrupa en las calles y las canoas se acercan, para oír este pregón:

“Sepan todos los vecinos y moradores desta muy noble, insigne y leal ciudad de México y sus comarcas, cómo el llamado licenciado Vena que dijo ser visitador, ha sido condenado a perder cuantas dádivas le hubieren hecho, a recibir cuatrocientos azotes, a ser sacado en una bestia de albarda, por las principales calles de dicha ciudad, acompañado con voz de pregonero, a destierro perpetuo de todos estos reinos y a diez años de galeras, por embaidor y embustero. Mándase pregonar públicamente para que venga a noticia de todos.”¹²

¹² La historia del licenciado Vena y la dama Beatriz está consignada en *El libro rojo* bajo el título “La Sevillana”. En este relato, Manuel Payno (1810-1894) cuenta cómo, en el mes de octubre del año 1550, llegaron a México estos dos personajes a bordo de la goleta la Covadonga y se hospedaron en la casa de don Jerónimo Ruiz de la Mota. Luego de su llegada, el licenciado Vena toma su lugar como supuesto visitador en la Real Audiencia: “Los encomenderos y todas las muchas gentes interesadas en la ‘visita’ le llevaban cuantiosos regalos de oro y plata para él, y de alhajas y perlas para doña Beatriz. A la segunda semana de haber llegado el visitador a México ya tenía un valioso tesoro, que reunido al de Veracruz, formaba un respetable capital bastante para vivir con independencia el resto de la vida”. El fraude es descubierto y la condena se cumple tal y como lo describe la novela de Monterde. Manuel Payno termina su relato sin dejar claro si el impostor sobrevivió al castigo de los azotes y, efectivamente, fue enviado a galeras; de la misma manera, tampoco logra aclarar la suerte de Beatriz, aunque sugiere un desenlace dramático: “Pasados algunos años de este suceso, se refería por el vulgo que a las doce de la noche se aparecía la sevillana y corría por las calles dando gemidos tan dolorosos, que partían el corazón”. Véase Manuel Payno, “La sevillana”, Manuel

CONCLUSIÓN

Así concluye, noble dama y señora mía, este relato que no tiene fin, como esos vetustos libros a los que una mano impía arrancó la última hoja; porque nadie supo entonces qué fue del caballero don Gutierre de Cetina, ni dónde, ni cómo, ni cuándo murió, casado o soltero. Los biógrafos del poeta opinan tan diversamente, que no sé en verdad si murió en estas tierras, si fue al Perú, si tornó a España, o se hizo fraile y vivió en una ermita. Es posible, y de cualquier modo se habrá cumplido así la voluntad de Dios.